



DON JUAN PABLO ANAYA.

La vida de este insurgente es bastante curiosa, por los innumerables episodios que tuvo y por los pocos combates en que se encontró, así como por la buena posición que disfrutó constantemente y por las intrigas en que tomó parte.

Vió la primera luz en Lagos, población de la Nueva Galicia, el 26 de Junio de 1785; fué hijo legítimo de Don Pablo de Anaya (fallecido en 8 de Octubre de 1828), que tenía una posición social muy buena, la que le permitió dar á su hijo una educación, bastante escasa por cierto, pero no inferior á la que recibían los hijos de los acomodados en pueblos de tercer orden como era Lagos. El joven Anaya se encontraba en su tierra natal dedicado á atender los bienes que un día serían suyos, cuando resonó el grito de Dolores, que tuvo sus simpatías desde el primer momento: sin embargo, dejó pasar algunas semanas, ó más bien dicho, meses, antes de seguir el partido de la insurgencia, y no fué sino hasta que Hidalgo llegó á Guadalajara, en la segunda quincena de Noviembre, cuando se presentó á él. El Dr. Rivera afirma que el Generalísimo dió á Anaya el grado de Mariscal de campo, ignoramos por qué circunstancia, pues ningunos antecedentes militares tenía ni había prestado algún servicio extraordinario á la insurrección para que se le diese un alto grado, como era ese, que pocos aún en aquellos días llegaron á obtener.

Sea como fuere, estuvo en la batalla de

Calderón y acompañó á los Generales en su retirada hacia el Saltillo, sin que en el transcurso de Enero á Marzo de 1811 lo mencione la historia para nada; hasta que Rayón quedó al frente del ejército y se retiró á Zacatecas se cita á Don Juan Pablo como uno de los jefes que quedaron mandando el ejército insurgente, aunque sin tener el carácter de segundo de Rayón, pues ese puesto correspondía, naturalmente, á Don José Antonio Torres, que era más antiguo que Anaya. Antes de salir del Saltillo, Rayón ordenó á Anaya que desarmase á las tropas presidiales, que no inspiraban confianza; en el puerto de Piñones mandó la infantería é hizo retroceder al enemigo, que al fin quedó derrotado, y en unión de Vázquez y de Villalongín se distinguió bastante Anaya, según asienta Bustamante. En la hacienda de Bayon aquél y Don Víctor Rosales fueron destacados con quinientos fusileros para reconocer la ciudad de Zacatecas (Abril de 1811), y empeñaron una acción que se decidió favorablemente gracias á la oportuna llegada de Torres. Concurrió á la acción del Maguey, después de la cual se separó de Rayón y empezó á obrar por su cuenta en Michoacán con una división que según cálculos del General Cruz era de dos mil hombres.

Se situó Anaya en la presa de Jesús, desde donde hacía correrías por las inmediaciones y sólo ya en unión de otros jefes, como sucedió en Julio de ese año, invitado por Muñiz para concurrir al asalto de Valladolid, aceptó y se presentó con sus tropas, consiguiendo poner en grande aprieto á Trujillo, que mandaba en la plaza; Anaya hubiera entrado á la ciudad por Santa Catarina, si Muñiz, celoso de la gloria que aquél pudiera adquirir, no se hubiera negado á proveerlo de las municiones, que se le habían agotado; tuvo, pues, que retirarse para no ser derrotado, y esa fué la señal de la retirada de todo el ejército insurgente, que dejó sus cañones: en Valladolid se atribuyó esta retirada á milagro patente y Trujillo, no obstante haber conservado la población, pensó seriamente en abandonarla, dirigiéndose á Toluca, lo que

no llegó á hacer, por haber recibido refuerzos.

Anaya se dirigió á Zitácuaro al lado de Rayón, del cual fué constante y fiel partidario y participó de la suerte que á ese caudillo cupo en el resto del año de 1811 y en principios de 1812 marchó á Cuautla, comisionado por la Junta de Zitácuaro para llevar á Morelos un refuerzo de trescientos hombres; estuvo en ese sitio, sin que durante él tuviese ocasión de distinguirse, y terminado, volvió al lado de Rayón.

En el resto del año de 1812 y en todo el de 1813, ó sea en el largo espacio de tiempo de cerca de dos años no mandó ningún Cuerpo de ejército ni tomó parte en ninguna campaña por su cuenta: fué su adicto y compañero y nada más, y en Septiembre del último año citado fué enviado por Rayón á Chilpancingo cerca del Congreso que se había instalado, para que le comunicase sus impresiones acerca de aquel Cuerpo; obligado Rayón á presentarse personalmente y no por medio de representante como quería, volvió á unírsele Anaya, que no se le separó ni cuando fué enviado á administrar la provincia de Oaxaca. Allí parece que se unió á Rosains y al Canónigo Velasco en contra de su antiguo amigo, pues éste lo acusa de ser uno de los causantes de la pérdida de la provincia, no obstante que está averiguado que la principal causa de esa pérdida fué la incapacidad de Rayón. A pesar de tales imputaciones de Rayón, siguió mostrándose amigo de Anaya y le dejó el mando de las fuerzas con que auxilió al Capitán Roca en el camino de Teotitlán cuando aquél fué atacado por fuerzas del Coronel Hevía; Anaya se sostuvo bastante tiempo, pero al fin tuvo que retirarse perdiendo municiones y el cargamento de grana que traía, (Abril de 1814).

Anaya, unido definitivamente con Rosains, se dirigió á Huatusco, donde ambos fueron sorprendidos por Hevía y obligados á huir: no obstante este revés, el primero fué nombrado por el segundo Comandante de la provincia de Veracruz, carácter que los demás insurgentes, especialmente

José Antonio Martínez, se negaron á reconocer; Rosains entonces, tanto para darse á respetar como para apoderarse de la parte del convoy copado en Marzo anterior y que Martínez tenía escondido, hizo atacar á éste por Anaya y consiguió derrotarlo y darle muerte. Con este suceso los jefes insurgentes de Veracruz se sometieron á Rosains y no tuvieron inconveniente en reconocer como superiores á Anaya y á su segundo, Don Guadalupe Victoria, hecho entonces Coronel.

Encontrábase el Mariscal recorriendo la provincia cuando recibió de Rosains órdenes urgentes de que fuese á ponerse al habla con el pretendido General Humbert, que acababa de desembarcar en Nautla, diciéndose enviado del Gobierno de los Estados Unidos con el objeto de tratar sobre los medios de coadyuvar á la Independencia; la noticia de este desembarco causó bastante regocijo entre los insurgentes: Rayón trató de hablar con Humbert, pero inútilmente; el Congreso mandó solemnizar la noticia con regocijos públicos; hasta Morelos llegó la noticia, que él no se atrevió á negar, y Rosains, por hablar con Humbert, por poco cae en manos de los realistas. El pretendido enviado no era más de un pirata ó un aventurero que navegaba por el Golfo con bandera colombiana y que vino á ver si podía hacer negocio; debía llegar hasta San Andrés pero los movimientos de Heróles lo hicieron detenerse en Quimistlán, y viéndose en peligro se negó á pasar á Tehuacán, con pretexto de que su goleta corría riesgo. Anaya quiso ir con él y al efecto consiguió que el Congreso le enviase sus credenciales de Plenipotenciario y que Rosains le diese licencia para ir.

Las instrucciones que el Mariscal Anaya llevaba eran, según Rosains, que dice que las vió, hipotecar la nación en seis millones de pesos para los gastos de la guerra, y de los que debería dar á Humbert doscientos mil pesos para equipar doce mil soldados; Anaya, por su parte, debía levantar cincuenta mil hombres y conservar el resto del dinero para invertirlo según las instrucciones que se le diesen. En cuanto á

los recursos que se le dieron para el viaje, copiamos íntegro lo que dicen los escritores y documentos de la época: "El señor Humbert,—decía Don Carlos Bustamante á Morelos, en carta fechada en Zacatián el 12 de Septiembre de 1811,—se ha embarcado en Nautla con el Mariscal Anaya, llevándose todo el pertrecho y armas que había desembarcado, con más, el dinero que Anaya pudo pillar," y en 19 del mismo mes agregaba: "Este (Rosains), en virtud de órdenes de V. A., ha procurado impedir que el señor Humbert penetrase hasta donde nosotros estamos, el cual se ha marchado llevándose crecida suma de dinero, juntamente con el que se dice mariscal Anaya ó canaya." En el diario que el Secretario de Rayón llevaba se lee lo siguiente: "Día 2. (de Agosto)—Se contestó al Intendente Pérez acusándole recibo del oficio en que participó haber regresado á la barra de Nautla Mr. Humbert con el Mariscal Anaya, quien llevó consigo más de ciento sesenta mil pesos de lo quitado al convoy que subía de Veracruz pocos días antes; y previniéndole que promoviese el arreglo de aquellas provincias y se dirigiese después á Tehuacán en persecución de Rosains."

Anaya llevó en su compañía al padre Pedroza; mas éste, luego que llegó á Nueva Orleans, se presentó al Vicecónsul español Don Diego Morphy, protestando su arrepentimiento, en prueba del cual le instruyó de todos los intentos de Anaya. Esto hizo admitir el pabellón mexicano, que él inventó, entre los que usaban los piratas, y el almirantazgo que éstos tenían establecido en la isla Barataria, hizo expedir más de doscientas patentes de corso que se remitieron á Rosains, el cual no hizo uso más que de siete y puso las demás en poder del Congreso, no llegándose á usar, por fortuna, ni esas siete. Anaya, de acuerdo con los mismos piratas, y con el apoyo de los aventureros, que abundaban en Nueva Orleans, proyectó una expedición para desembarcar en Tampico, para lo cual couvidó con rotulones. Alvarez de Toledo; el padre Pedroza contribuyó á que se desbaratase, publicando contra ella una protesta en tres

Idiomas; otra que se proyectaba por el Norte fué prohibida por el Presidente Madison; Alvarez de Toledo aconsejó á Anaya que pidiese al Congreso más amplias facultades, y este Cuerpo estuvo de acuerdo, pero Rosains no juzgó conveniente esa ampliación y retuvo las creenciales, quedando Anaya, que nunca pasó de Nueva Orleans, como agente privado. Durante su permanencia en esa ciudad contribuyó á la defensa de ella cuando fué atacada por los ingleses, lo que le valió que su nombre se diese á una calle y la benevolencia del General Jackson, que le ofreció auxilios, con lo que hizo creer á Rosains que al regresar traería armas y pertrechos de guerra.

Poco más de un año permaneció el Mariscal Anaya en el extranjero, sin hacer otra cosa de provecho que despertar en Robinson el deseo de venir y que realizó algún tiempo después, pero no trajo ni un fusil ni un grano de pólvora; vuelto á México á fines de 1815, no se cuidó de dirigirse á Rosains, que ya se había indultado, ni al Congreso, que andaba á salto de mata, sino que directamente se dirigió á Michoacán, donde unido á otros oficiales que por ser de alta graduación se decían "los iguales," sorprendió á la Junta subalterna de Taretan en la hacienda de Santa Efigenia. (Enero de 1816) y la disolvió. Llevándose á sus Vocales presos á Ario. El móvil de esta conducta parece que no fué otro que el de evitarse el trabajo de rendir cuentas é informe de su viaje. Ese paso le atrajo la mala voluntad de todos los insurgentes de la provincia, que se apresuraron á reunir una nueva Junta en Uruápam, pero le devolvió la estimación de Rayón, que no podía ver al Congreso ni á nada de lo que de él dependiese, así es que volvió á unirse estrechamente al antiguo ministro de Hidalgo y en su compañía sufrió muchas peripecias durante el resto del año de 1816.

Casi pacificado Michoacán á fines de él, Rayón creyó empresa fácil apoderarse de Pátzcuaro, que según informes estaba desguarnecido, y al efecto envió á esa población una partida mandada por Anaya, Gutiérrez y Melgarejo, pero Linares, el Co-

mandante realista, acudió inmediatamente, y por poco los hace prisioneros, salvándose á uña de caballo y refugiándose en el Mal País. Este fracaso hizo que Anaya se refugiase al otro lado del río y que acabase por ponerse á las órdenes de Don Nicolás Bravo, que ejercía jurisdicción en el valle del Mexcala; cuando dicho jefe se refugió en Cópore y con la ayuda de Don Benedito López insurreccionó de nuevo el Oriente de Michoacán, envió á Anaya sobre Maravatío, y aunque entró al pueblo en los momentos en que se daba una corrida de toros y obligó á la guarnición á encerrarse en la plaza de toros, fué rechazado y desbaratado, (Julio de 1817). Al poco tiempo cayeron presos Rayón y Bravo, fueron tomados los fuertes de Michoacán y la revolución se circunscribió al Sur, por lo que la mayoría de los jefes insurgentes vieron obligados á indultarse ó á ocultarse: Anaya siguió el primer partido á mediados de 1818 y se presentó en Valladolid, donde se le asignó una pensión de cincuenta pesos mensuales con la obligación de seguir prestando sus servicios en las tropas realistas; como la revolución estaba ya casi extinguida, esos servicios fueron pocos.

En 1821 secundó el plan de Iguala, pero no tuvo mando alguno entonces ni entró con el ejército trigarante á México, y la Junta de recompensas de 1823 le reconoció el grado de General de Brigada, habiendo ascendido después á General de División en tiempo de Gómez Pedraza, que lo hizo, además. Ministro de la Guerra de 7 á 26 de Enero de 1833. Algún otro cargo público, como Senador, tenemos entendido que también desempeñó. Su muerte ocurrió en México el 24 de Agosto de 1850, á los sesenta y cinco años de sus edad.

Pocos ejemplos se dieron entre los insurgentes de un jefe que tuviese la fortuna de Anaya de haber tomado parte en la revolución durante ocho años sin haber experimentado grandes contratiempos y de haber disfrutado de la confianza de tantos y tan diversos jefes como Hidalgo, Rayón, Rosains, Bravo, Morelos y otros.